

“LA ANTIGUA PROVINCIA DEL SOCORRO Y LA INDEPENDENCIA”

Escribe: ALBERTO MORENO GOMEZ

Un nuevo libro ha publicado Horacio Rodríguez Plata, juicioso investigador de los hechos colombianos. Se trata del que lleva por título “La Antigua Provincia del Socorro y la Independencia”, en el que se exalta la heroica contribución de la comarca santandereana en los días iniciales y en los momentos culminantes de la gesta libertadora. La obra comprende diez y seis capítulos, el primero de los cuales hace el análisis pormenorizado del 10 de julio de 1810, en tanto que el último reseña un doloroso itinerario de gloria encabezado por la ejecución de José Antonio Galán el 1º de febrero de 1782 y finaliza con la muerte de Ramón Vargas y Pedro Blanco en la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. El conjunto de la obra es una completa versión histórica de acontecimientos que definieron la raza, destacaron sus vigorosos perfiles y nutrieron el espíritu de las generaciones posteriores a la guerra de independencia.

Para apreciar objetivamente lo que significó la insurgencia de la provincia socorrana en la lucha por la libertad y la autonomía, es menester leer el aporte documental que presenta el estudio de Rodríguez Plata, con los severos y atinados comentarios que formula a través de sus 580 páginas, organizadas metodológicamente, llenas de

aciertos y estructuradas con un riguroso sentido patrio. Al recorrer estas páginas se entiende por qué los pobladores de las tierras americanas libraron las heroicas batallas, y también se recuerda que detrás quedaba la negra noche colonial y de la conquista.

Analizando brevemente aquellas dos etapas de la vida americana, por todas partes se observa el predominio del más abominable despotismo que se haya establecido sobre la tierra para sojuzgar a los nativos, esclavizarlos y someterlos a la abyección que ejercieron implacablemente reyes, virreyes y otros funcionarios que España sostenía con las arbitrarias contribuciones de las gentes que habitaban las zonas que iban siendo conquistadas por los descubridores, interesados en obtener riquezas, borrar el espíritu de varios pueblos definidos racial y sociológicamente. Aztecas, incas y chibchas caían humillados y vejados por la devastadora empresa que realizaban negociantes y aventureros de la península, muchos clérigos sin sentido humanitario, aristócratas disipados y venidos a menos por sus travesuras familiares o por infortunios económicos, desarrapados que buscaban el oro y la plata, envueltos en cierto falso manto de piedad por los indios.

Para el Conquistador no había obstáculos porque se movía impulsado por la ambición económica. Fue una empresa de tipo materialista que se cubría habilidosamente con la labor de cristianización que frailes y sacerdotes desarrollaban en su propósito central de convertir a los habitantes del Nuevo Mundo a la iglesia católica. El sacerdote practicaba su misión dentro de un criterio de nobles finalidades colectivas, pero ignorante de que el Conquistador lo utilizaba para sus proditorios manejos y su proclive dirección de la conducta humana. La heterogénea composición social de los próceres de la conquista y de la colonización fue factor, el más importante, para que su acción perdiera heroicidad, grandeza y pulcritud en sus determinaciones políticas. Cuando los pueblos se rindieron ante el empuje de los conquistadores, puede decirse que ya habían sido vencidos por el predominio sanguinario y por el espíritu de crueldad que los caracterizó. La carencia de principios morales precipitó la entrega y la resignación de las gentes americanas, no obstante el origen ilustre de varios de los conquistadores.

¿Qué había en estas tierras cuando languidecía la llamada noche colonial? ¿Qué fenómenos se operaban tan duramente para que emergiera la insurrección, el grito de libertad que se estudia, analiza y discrimina minuciosamente en esta nueva obra de Horacio Rodríguez Plata? Por todo el ámbito de la tierra americana prevalecían la miseria, la fatiga de un pueblo sufrido atrozmente, el hambre que azotaba el organismo social, la ignorancia a que sistemáticamente se sometía a los pobladores, las enfermedades y la muerte golpeando a las puertas de las covachas que

daban albergue a los moradores del mundo americano. De ese hecho de la conquista y de la colonización no podía venir otra cosa que el desprestigio de la Corona española, el resquebrajamiento de sus bases institucionales y el apocamiento de su gobierno, tan distante y tan presuntuoso de la obra ejecutada sobre un pueblo inerme, desprovisto de los más elementales recursos de defensa.

Las llamadas Indias Occidentales habían caído oprimidas en manos de los descubridores y conquistadores que medían el dominio de su imperio proporcionalmente al recorrido que hacían cometiendo abusos, violaciones y males sin cuento. Los integrantes de una aristocracia debilitada biológicamente por los vicios y las bajas pasiones de la época, empleaban el poder arbitrariamente, sin que el clero pudiera controlar y morigerar el impulso agobiador de las repugnantes empresas de opresión que aquellos desarrollaban con periodicidad ilimitada. El espíritu caballeresco de la conquista fue por eso inferior a la crueldad de sus actos. Tres siglos duró el dominio de España, hasta cuando comenzó la decadencia de los sistemas imperantes.

México y Perú fueron especialmente el objetivo preferido de los aventureros de la época, pues que allí circulaban más el rumor de sus riquezas, de sus tesoros y de sus fortunas valiosas. En México y en Lima se radicaron los gobernantes virreynales que recibían órdenes impiadosas de la Corona de España y que terminaron por convertirse en sátrapas que vivían fastuosamente, despilfarrando los dineros que obtenían por concepto de contribuciones forzosas y que en su molición de sibaritas disfrutaban

inclusive de groseros privilegios con los cuales degradaban la dignidad humana. Las Audiencias, Gobernadores, Corregidores, Cabildos y alcaldes eran dóciles subalternos del Consejo Supremo de Indias, que en Madrid desempeñaba el papel de máxima autoridad de la justicia en las tierras de América. La encomienda y la explotación de las minas se otorgaba como premio y compensación al sojuzgamiento sobre aztecas, incas y chibchas resignados y melancólicos.

Cuando se acercaba el 10 de julio de 1810 en la Provincia del Socorro, según lo atestigua verazmente el libro de Rodríguez Plata, la servidumbre era una institución que señoreaba el ambiente de los pueblos colonizados, en toda la extensión que ásperamente habían conquistado los emigrantes españoles. Los tributos, el régimen fiscal, las exacciones, se agudizaban cada día con mayor fiereza. Se cobraban los impuestos sometiendo a los nativos a trabajos forzados, torturándolos implacablemente, verificando deportaciones que implicaban los más despreciables métodos de esclavitud de que se tenga idea. Esos hechos producían la despoblación, y sobre el imperio español se iba realizando el natural y lógico impacto de su torpe política. Amedrentados esos gobernantes sin probidad y sin talento, trataron de recuperar y restablecer el prestigio que muchos años atrás habían perdido. Se dictaron reglamentos, se crearon los llamados resguardos, pero el nativo seguía en la oscuridad, como indígena, como blanco, como negro, como mulato o como mestizo.

Al intentarse la rectificación de los errores de tres siglos, ya era tarde. Nada ni nadie contenía el ansia de libertad que agitaba los corazones y las mentes del pueblo

americano. Fueron muchos los movimientos aislados que trataron de verificarse para rechazar el despotismo de aquella etapa. Los golpes insurgentes que constituyeron la alborada de la libertad fueron en 1780 con José Gabriel Condorcanqui en el Perú, y en 1781, en la Provincia del Socorro con Berbeo y Galán a la cabeza, acompañados por el vivandero de Nemocón Ambrosio Pisco y por otros patriotas que se encuentran registrados en las páginas de la historia.

En verdad, la participación de la Provincia del Socorro en la gesta de la Independencia no arranca de 1810, sino que se remonta a los días de Galán y sus compañeros en 1781. Horacio Rodríguez Plata, en investigaciones históricas publicadas con anterioridad a este último libro que comentamos, no descuida la severidad de esta afirmación que se encuentra contenida detalladamente en sus conferencias sobre los Comuneros editadas por la "Biblioteca Eduardo Santos" en 1950, y que bien pueden considerarse como introducción a esta nueva obra titulada "La Antigua Provincia del Socorro y la Independencia".

Para comprender y justificar este ensayo de Horacio Rodríguez Plata, es indispensable recordar y conocer los antecedentes de la revolución de 1810. El autor revela una vez más hasta dónde llega su capacidad de investigación, su tránsito metódico por los archivos de la historia nacional, su poder de análisis y de crítica acerca de los hombres y de los acontecimientos que examina fríamente, sin dejarse desviar el criterio por falsas apreciaciones de tipo subjetivo. Para el país, el estudio que nos entrega Rodríguez Plata, es una nueva y valiosa indagación de trascendentales episodios en la historia colombiana.